

ANHELOS DE LIBERACION

Ernesto Cardenal, el anacoreta de la isla Solentiname allá en el Gran Lago de Nicaragua, ha cantado en sus versos el amor a la libertad de los pobladores de estas tierras centroamericanas, y el tesón con el que indios y criollos lucharon por preservarla, una vez conquistada. He aquí unos cuantos de sus poemas más representativos.

Katun || Ahau

Katún de muchas flechas y deshonrosos gobernantes,
de tristeza en las chozas,

cuchicheos,

vigilancia en la noche.

En este katún

lloramos por los libros quemados

y por los exilados del reino. La pérdida
del maíz

y de nuestras enseñanzas del universo.

Avaricia y pestilencia y rocas y calaveras.

El cacique Gato Montés. El cacique Oso Melero. El jaguar del pueblo.
En este katún escribe el chilán:

"el pueblo come piedras come palos".

El katún de la colecta de tributos,

del robo de la máscara.

del robo del tesoro enterrado en la milpa.

En este katún siempre hay invasores,

enemigos de la tierra.

Ah los chupadores...

—Jejenes de los pueblos.

Los vacijadores de tinajas.

Y qué dura nuestra vida en la selva, como tepescuintles.

Desprecian nuestros conocimientos del libro del universo.
para la protección del pueblo.

(En este katún se ríen de nuestros trajes).

perdidos los jeroglíficos en el monte.

Nuestra Civilización, bajo los zopilotes negros.

El huracán arrancó nuestras casas.

Los Nobles son peones cavando en la carretera.

El pueblo va encorvado con su montaña cargada en una red.

Y los gobiernos, son como sequía...

Y decimos: si volviera aquel

que por primera vez construyó un arco,
compuso oraciones,
creó el calendario que hizo posibles las crónicas y la historia
y los augurios del futuro.

Ahora, mientras tanto, como tepescuintles.

Tristísima luna,
tristísima luna en el cielo del Petén.
Opresión..

Vigilancia en la noche.
El gran Oso Melero libidinoso...
Y escribe el chilán, 'el que es boca':

"Ahora hay Gran Plaga, gran huracán".

En el mar azul sale la aleta
sale la aleta

del maligno Xooc, Tiburón.

Pero pasará el katún de los Hombres Crueles.
El Katún del Arbol de la Vida será establecido.
—Y un gobierno benévolo.

Ya no le pedirán al pueblo reducir la comida.
El Katún Unión-con-una-Causa,
el Katún "Buenas condiciones de vida".

Ya no hablaremos más en voz baja.
El pueblo va a estar unido, dice el chilán.
Muchos se juntarán para cantar juntos.

Ya no existirá más el Oso Melero.
La piedra del monte tendrá otra vez un rostro hermoso.
La piedra cuadrada

tendrá rostro.

Habrá buenos gobernantes para dicha del pueblo.
Señores legítimos.

Abundancia en las montañas, y bellas ceremonias.
Es el tiempo de construir sobre la vieja pirámide
una nueva pirámide.

Es arponeado el maligno Xooc, Tiburón.
Y siempre habrá chilanes en el pueblo.
El Chilán:

el que lee las escrituras sagradas
y estudia el cielo nocturno.

—Los movimientos del Sol y de la Luna
para saber el tiempo de la preparación de las tierras,
la cortada de las mazorcas,

la quema de las milpas,

la puesta de las trampas,
la búsqueda de los venados en el monte.

El Chilán: El señala los días de lluvia.

Los días en que los hombres cantan.

El final de la estación de las lluvias.

Defiende de las plagas y el hambre.

Distribuye la comida en los días de hambre.

Supervigila la labrada de las estelas,

diseña los nuevos templos,
entrega las tabletas con los eclipses.

Las ciudades perdidas

De noche las lechuzas vuelan entre las estelas,
el gato-de-monte maúlla en las terrazas,
el jaguar ruge en las torres
y el coyote solitario ladra en la Gran Plaza
a la luna reflejada en las lagunas
que fueron piscinas en lejanos katunes.

Ahora son reales los animales
que estaban estilizados en los frescos
y los príncipes venden tinajas en los mercados.
¿Pero cómo escribir otra vez el jeroglífico,
pintar al jaguar otra vez, derrocar los tiranos?
¿Reconstruir otra vez nuestras acrópolis tropicales,
nuestras capitales rurales rodeadas de milpas?
La maleza está llena de monumentos.
Hay altares en las milpas.
Entre las raíces de los chilamates arcos con relieves.
En la selva donde parece que nunca ha entrado el hombre,
donde sólo penetran el tapir y el pizote-solo
y el quetzal todavía vestido como una maya:
allí hay una metrópolis.
Cuando los sacerdotes subían al Templo del Jaguar
con mantos de jaguar y abanicos de colas de quetzal
y caites de cuero de venado y máscaras rituales,
subían también los gritos del Juego de Pelota,
el son de los tambores, el incienso de copal que se quemaba
en las cámaras sagradas de madera de zapote,
el humo de las antorchas de ocote... Y debajo de Tikal
hay otra metrópolis 1.000 años más antigua.
—Donde ahora gritan los monos en los palos de zapote.

No hay nombres de militares en las estelas.

En sus templos y palacios y pirámides
y en sus calendarios y sus crónicas y sus códices
no hay un nombre de cacique ni caudillo ni emperador
ni sacerdote ni líder ni gobernante ni general ni jefe
y no consignaban en sus piedras sucesos políticos,
ni administraciones, ni dinastías,
ni familias gobernantes, ni partidos políticos.
¡No existe en siglos el glifo del nombre de un hombre,
y los arqueólogos aún no saben cómo se gobernaban!

La palabra "señor" era extraña en su lengua.
Y la palabra "muralla". No amurallaban sus ciudades.
Sus ciudades eran de templos, y vivían en los campos,
entre milpas y palmeras y papayas.
El arco de sus templos fue una copia de sus chozas.
Las carreteras eran sólo para las procesiones.
La religión era el único lazo de unión entre ellos,
pero era una religión aceptada libremente
y que no era una opresión ni una carga para ellos.
Sus sacerdotes no tenían ningún poder temporal
y las pirámides se hicieron sin trabajos forzados.
El apogeo de su civilización no se convirtió en imperio.
Y no tuvieron colonias. No conocían la flecha.
Conocieron a Jesús como el dios del maíz
y le ofrecían sacrificios sencillos
de maíz, y pájaros, y plumas.
Nunca tuvieron guerras, ni conocieron la rueda,
pero calcularon la revolución sinódica de Venus:
anotaban todas las tardes la salida de Venus
en el horizonte, sobre una ceiba lejana,
cuando las parejas de lapas volaban a sus nidos.
No tuvieron metalurgia. Sus herramientas eran de piedra,
y tecnológicamente permanecieron en la edad de piedra.
Pero computaron fechas exactas que existieron
hace 400 millones de años.
No tuvieron ciencias aplicadas. No eran prácticos.
Su progreso fue en la religión, las artes, las matemáticas,
la astronomía. No podían pesar.
Adoraban el tiempo, ese misterioso fluir
y fluir del tiempo.
El tiempo era sagrado. Los días eran dioses.
Pasado y futuro están confundidos en sus cantos.
Contaban el pasado y el futuro con los mismos katunes,
porque creían que el tiempo se repite
como veían repetirse las rotaciones de los astros.
Pero el tiempo que adoraban se paró de repente.
Hay estelas que quedaron sin labrar.
Los bloques quedaron a medio cortar en las canteras.
—Y allí están todavía—
Ahora sólo los chicleros solitarios cruzan por el Petén.
Los vampiros anidan en los frisos de estuco.
Los chanchos-de-monte gruñen al anochecer.
El jaguar ruge en las torres —las torres entre raíces—
un coyote lejos, en una plaza, le ladra a la luna,
y el avión de la Pan American vuela sobre la pirámide.
¿Pero volverán algún día los pasados katunes?

José Dolores Estrada

(A todos los exiliados nicaragüenses)

Peleó contra el gobierno español en las calles de Xalteva en la fracasada rebelión de Abril de 1812.

Pero no fue suya la gloria. El era un muchacho entonces, y los cabecillas fueron otros.

Después derrotó a los yankis en la hacienda San Jacinto.

El era el general entonces. Pero no fue sólo suya la gloria.

Los soldados y los campistas también pelearon.

Ya viejo, en el exilio, por oponerse a la reelección del Presidente (su amigo íntimo)

escribe a sus amigos desde Costa Rica:

**"Yo estoy aquí haciendo un limpiecito
para ver si puedo sembrar unas matas de tabaco".**

Y esa fue su gloria mayor:

Porque fue su batalla más dura, y en la que él peleó solo, sin general, ni soldados, ni trompetas, ni victoria.

Joaquín Artola

Yo ya trabajé una vez en esta hacienda, patrón,
cuando la guerra —dice el campisto—.
Yo era muchacho, y me acuerdo que una mañana
todavía bien temprano y con el llano todo nublado
salí a recoger la yeguada para tusarla,
y ya venía con las yeguas cuando oigo unos tiros
y las yeguas que oyen los tiros y se asustan
y yo las chuceo para que no se me vuelvan
y las bestias se me corren y yo voy detrás dellas,
y eran los yankis, que cuando oyeron la yeguada
huyeron por el llano creyendo que eran refuerzos
y yo a caballo detrás de las yeguas y los yankis
y los voy chuzando a los yankis y gritando:
¡Ansina que aquí soy yo, Joaquín Artola!
Y detrás de mi los otros los van macheteando
o lanzándolos con soga y guindándolos de los palos
y un Andrés Castro mató a uno con una piedra.
Los demás se corrieron por el llano de Ostocal.
Hoy vuelvo aquí, ya viejo, a pedir trabajo, patrón,
pero no es la primera vez que yo estoy en "San Jacinto".